

RESUMEN Y CONCLUSION.

ARTICULO VII.

Graves cuidados de familia han sido parte á impedirnos dar fin á la série de artículos que, con motivo de los ataques rudos del autor de los *Bosquejos* al catecismo del padre Ripalda, nos propusimos escribir. Hoy que la voluntad del Señor se hizo en nosotros, vamos á decir la última palabra, para que nuestro trabajo no quede incompleto.

Convencidos de que el método es la claridad, y de que la sencillez del lenguaje cuadra mejor á la sencillez de la verdad, que para lucirse no necesita de adornos ni atavíos, creímos oportuno ante todo, interpelar á nuestro adversario, á fin de que la discusion que con tanto ardor inició, fuera fructuosa; nos dijera con franqueza, cuál era su sistema moral, teológico y filosófico en los puntos que tocaba. Nos proponiamos con esto fijar una base comun, un punto de partida inamovible que fuera como el límite sagrado, que contuviera el vuelo asaz libre de la razon ecléctica, que en fuerza de una viciosa costumbre destruye hoy lo que ayer edificó, sin apenarse por ello, y, lo que es más, sin ruborizarse de su obra. Tener que habérselas con un Proteo, no es empresa poco árdua como pudiera imaginarse.

Nuestra interpelacion no produjo el efecto que apeteciamos; y por toda respuesta tenemos hasta hoy la mas precavida reserva de un competente número de líneas en las columnas del *Federalista*. Nos engañamos torpemente: creímos habérnolas con un Proteo, y nos encontramos frente á frente de un mudo, pudiéramos decir, ante la mística faz de la inmóvil estatua del silencio.

Así era ménos escabrosa nuestra tarea; se reducía á vindicar al inmortal jesuita y la moral de su catecismo, cosa bien sencilla en verdad, pues siendo esta la moral cristiana, no necesitábamos de otra cosa para salir airosos, que de mostrar con el dedo los beneficios inmensos que se la deben; apelar al ingénuo testimonio de todo un mundo, ántes de ella, sepultado en un abismo de tinieblas, despues de ella; radiante con una aureola de luces indeficientes; ántes de ella, bárbaro; despues de ella, civilizado.

Sin embargo, comprendimos que no todos los ojos están sanos; y por lo mismo, que no todos pueden ver las cosas como son, ni referir las impresiones que reciben precisamente á los objetos que son su causa, sino á otros diversos en virtud de la aberracion de un sentido mal organizado ó enfermo. Esta consideracion nos obligó á tocar el fondo de la cuestion suscitada, como de paso, porque no era posible detenernos, ni detener á los lectores en contemplar el sinnúmero de bellezas y de armonías morales que invaden por todos rumbos y en abundancia inagotable, el infinitamente vasto campo de la filosofia cristiana; más vasto, más amplio que aquel en que se levanta el variado y pintoresco anfiteatro de la naturaleza criada. Sobre temas cuyo desarrollo habrian sido necesarios millares de volúmenes, tuvimos

que limitarnos á nuestro pesar, á unas cuantas páginas.

Establecimos la verdad inconcusa, aunque impenetrable á las humanas inteligencias y la necesidad imperiosa del dogma, como base de una moral digna de este nombre y apta para ser la verdadera regla de las acciones, la forma, permitasenos la expresion, de la libertad individual.

Despues expusimos sus preceptos, procuramos hacer entrever en el principio simplísimo de que brotan, como un rio de su manantial, su maravillosa fecundidad, su armonía con los instintos y propensiones del hombre, y sus relaciones íntimas con la conservacion del ser humano y con el orden general de todos los séres á él subordinados.

En seguida, los comparamos con las máximas morales de la filosofía, tanto antigua como moderna; y no tememos asegurar, que miéntras que éstas son apenas comparables con una lámpara que se apaga, iluminando las profundas inmensidades del caos primitivo, aquellos brillan mas que todos los soles colgados en los infinitos espacios del firmamento.

Vimos tambien que semejante moral es esencialmente práctica y practicable, y obliga á la obediencia, porque su origen no es humano sino celeste.

Como los mandamientos ó preceptos del Decálogo se relacionan con el tipo de la belleza real que es el pasto natural del entendimiento, y con el bien supremo, que es el gozo del corazon y la felicidad sin medida á que caminamos los desterrados en este valle de lágrimas, comprendimos que la oracion y los sacramentos venian á ser como el complemento del divino sistema á que la

humanidad toda está sometida. Porque la oracion nos arrastra á la meditacion de la belleza que no puede ser meditada ni contemplada sin atraernos de una manera misteriosa, pues á la vez que nos fuerza hasta el grado de parecer que oprime nuestra libertad, nos estimula con una suavidad tan grata que, neutralizando el efecto de aquella fuerza, nos deja dueños de nosotros mismos y verdaderamente libres. Porque los sacramentos, canales de gracia, es decir, canales de santidad, de vida y de pureza, nos deifican hasta cierto punto, nos levantan del cieno de los vicios al sublimado cielo de las virtudes. Si la bondad de las cosas puede estimarse por la bondad de sus resultados; si el buen sabor, la madurez y la dulzura de los frutos que el árbol produce, hacen necesariamente creer en la prosperidad y energía del mismo árbol; finalmente, si la conducta es como el termómetro que marca los grados de moralidad de una ley, es indudable que la ley cristiana, la moral del padre Ripalda encierra todas las excelencias, una vez que practicada, torna al hombre ser perfectísimo, le atrae todos los honores y todos los respetos y le hace digno de todas las alabanzas.

Conforme con su naturaleza en la parte que pudiéramos llamar esencial y hasta en los menores detalles, provenientes de las varias índoles y diversos caracteres del sinnúmero de séres humanos que entran en la formacion de ese todo, supone en su autor un conocimiento adecuado, íntimo, profundo y radical de la misma naturaleza; conocimiento que no puede existir sino en la mente de la Omnipotencia que la criara; y la misma ley es un prodigio de la más alta sabiduría, una tesis de la filosofía más sublime. Así considerada, la divini-

dad de su origen es incuestionable; y por lo mismo su santidad está al abrigo de toda imperfección, y su pureza exenta de toda mancha.

Delira, pues, el autor de los *Bosquejos*, cuando engañándose á sí mismo, y dando por supuesto que el catecismo del padre Ripalda dice otra cosa y manda ó prohíbe más de lo que Dios en el Sináí ordenó á Moisés que mandara ó prohibiera, más de lo que Jesucristo, Redentor de la especie y legislador de la humanidad enseñó que debía practicarse por los hombres para ser santos como su Padre que está en los cielos, sacrilegamente y con desprecio de sí mismo, afirma que ese precioso compendio de la doctrina cristiana es un *código de inmoralidad*. ¡Delirios y nada mas que delirios puestos en la boca por una razon soberbia y descreída!

Igualmente delira el pretendido filósofo al llamar *código de estupidez* al libro que contiene más sabiduría que los volúmenes que escribieron Platon y Aristóteles, Pitágoras y Sócrates, Ciceron y Séneca, Caton y Marco Aurelio en la antigüedad; más sabiduría que la que encierran las incontables páginas de los millones de obras que se han escrito despues al resplandor del Evangelio, ese radiante sol, conocido solo de las modernas edades.

¿Acaso Hobes, Holvach y Aimé Martin; Diderot, Voltaire y Rosseau; Lutero, Calvino, Melanchton, y Swinglio, Edgard Quinet, Luis Blanc, San Simon, Fourier y Julio Simon; Straus, Movers y Wethe han podido, ya no exceder pero ni igualar siquiera con sus aprendidas y desfiguradas máximas, con sus repugnantes absurdos, con sus innovaciones impías y destructoras reformas, con sus teorías filosóficas y ateas, con sus inter-

pretaciones violentas y mal fraguadas leyendas, los sublimes preceptos, los axiomas profundos, las luminosas soluciones, los principios de eterna verdad, las ingenuas explicaciones y comprobadas historias, que fundan y persuaden, y recomiendan como altamente morales, altamente filosóficas, altamente naturales y razonables las grandes doctrinas morales del catolicismo? Esta ley, cuya perfeccion nadie ha podido exceder ni igualar, ¿es estupidez? ¿A qué podemos dar sobre la tierra, sino por sarcasmo, el augusto nombre de sabiduría?

La pasion y la audacia hicieron sin duda que el autor de los *Bosquejos* viese en el catecismo del padre Ripalda un *monstruoso código de estupidez*; pero ¡quién lo creyera! solo la ignorancia puede hacer ver en el mismo un *código igualmente monstruoso de fanatismo*. El fanatismo es un achaque del espíritu, adherido á él como la rama seca al árbol lozano, fresco y vigoroso, más fuertemente todavía, supuesto que no es posible arrancarlo, sino cuando más, evitar su contagio. «Algunos filósofos, dice el doctor Balmes, han gastado largas páginas en declamar contra el *fanatismo*, y como que se han empeñado en desterrarlo del mundo. Escasas esperanzas podian tener, si es que fueran filósofos cuerdos y sesudos, de que con razones y elocuencia alcanzaran á desterrarlo, pues que hasta ahora yo no sé que la filosofía haya sido parte á remediar ninguna de aquellas graves enfermedades que son el patrimonio del humano linaje.» No fué sin duda la razon la que movió la mano del escritor que de la palabra *fanatismo* hizo un uso tan impropio. El autor de los *Bosquejos* estuvo desgraciado. El fanatismo no está en los escritos sino en los escritores; no está en los libros sino en los cora-

zones, allí donde pasan las tempestades que nos agitan, nos ciegan y nos hacen delirar.

«El fanatismo, prosigue el apologista español, tomado en su acepción más lata, es una viva exaltación del ánimo fuertemente señoreado por alguna opinión falsa ó exagerada. Si la opinión es verdadera, encerrada en sus justos límites, entónces no cabe el fanatismo; y si alguna vez lo hubiese, será con respecto á los medios que se emplean en defenderla; pero entónces ya existirá también un juicio errado, en cuanto se crea que la opinión verdadera autoriza para aquellos medios; es decir que habrá error ó exageración. Pero si la opinión fuera verdadera, los medios de defenderla legítimos, y la ocasión oportuna, entónces no hay fanatismo, por grande que sea la exaltación del ánimo, por viva que sea su efervescencia, por vigorosos que sean los esfuerzos que se hagan, por costosos que sean los sacrificios que se arrosten: entónces habrá entusiasmo en el ánimo, y heroísmo en la acción; pero fanatismo no. De otra manera los héroes de todos tiempos y países quedarían afeados con la mancha de fanáticos.»

Pero aun cuando sacáramos el fanatismo de su elemento natural, y le hiciéramos pasar del corazón á los libros ¡cuán distante está el padre Ripalda de la exageración y de la exaltación! Enseña como un maestro á discípulos queridos, sin ira y sin odio; narra como un mero cronista, cuidándose de confundir con la doctrina divina sus reflexiones propias. Y sobre todo, aun cuando algún calor manifestase en sus expresiones, alguna energía en la exposición, ¿no es la verdad la que mueve su pluma, la que se stampa en el papel en cada uno de sus trazos?

Tómese el trabajo cualquiera de nuestros lectores de recorrer las páginas del catecismo, y comparar su tono y su estilo, con el estilo y con el tono de lo poco que el autor de los *Bosquejos* estampó en el núm. 67 del *Federalista*, y estamos seguros, de que por preocupado que esté en contra del jesuita ilustre, no podrá tacharle de fanático, sino que reservará esta calificación como mas propia del pequeño atleta del racionalismo.

La calma, la sangre fría, la sequedad y llaneza de lenguaje, al lado de la claridad, exactitud y verdad, son las cualidades que mas resaltan en el librito del primero; la hipérbole, la exaltación, la pasión, el furor, la virulencia, la hinchazón junto con la prevención, falta de lógica, de razón y de verdad, forman la diatriba, que no es otra cosa, de los renglones del segundo. ¿En dónde está el fanatismo? ¿Cuál de ellos, el padre Ripalda ó el autor de los *Bosquejos* es el fanático? El que tenga ojos que vea. El que tenga sentido común é instintos de justicia, que falle.

Nos creemos con derecho para repetir por conclusión, que el catecismo del padre Ripalda, lejos de ser un *monstruoso código de inmoralidad, de estupidez y de fanatismo*, lo es de la moral más pura, de la mas alta ciencia y de la mas sublime filosofía.

El derecho de que nos creemos en posesión, se funda, por una parte, en las razones que hemos expendido, y por otra en el silencio de nuestro adversario. Quien calla, cuando debiera clamar, realmente consiente. Quien no opone á razones argumentos mas vigorosos, se rinde á ellas, se dá por vencido.

No queremos creer que la causa de ese silencio haya sido la intención de antemano formada de no soste-

ner lo que una vez se dijo. Esto sería pisar la bandera que se quiere llevar en triunfo. Esto no es propio de los que aman la verdad, ni ménos de los que se han propuesto ilustrar con sus escritos. Además, se dijo que se contestaría: y el autor de los *Bosquejos* tuvo cuidado de llamar en su auxilio el poderoso brazo de su maestro, y aun el maestro dijo algo que ha sido victoriosamente contestado por uno de nuestros compañeros. Se pensó sacar el cuerpo pretextando los inconvenientes del anónimo, y nos apresuramos á calzar nuestros insignificantes artículos, con nuestra humilde firma. Razón mas para esperar que se nos diese una respuesta, aun cuando no fuera mas que ésta tan concisa como razonable: «No sois digno de ella.» El público habría deducido la consecuencia á que hubiera dado lugar, con ese instinto altamente lógico y justiciero que aplica siempre con oportunidad y sin equivocarse.

Igualmente se nos resiste creer que sea la causa de tanto silencio nuestra pequeñez, la que confesamos, ocupa menor espacio que aquel en que acaso se la coloca. Esto sería grande soberbia. Somos, como escritores una miseria, y una nada como filósofos, es cierto; pero reflexionamos que no hay enemigo pequeño, y que muchas veces Dios toma como instrumentos de su Providencia, brazos débiles é inteligencias enfermizas.

Además, ¿por qué no desembarazarse, así con un desden ligero, pero visible, de quien nos fastidia con sus impertinencias? A un mosquito que zumba y nos distrae de nuestros grandes trabajos impunemente se le derriba de un soplo, ó se le aplasta con el dedo.

No, el autor de los *Bosquejos* inculpó al padre Ripalda con ligereza al principio, calumnió su doctrina y con

ella la doctrina de Jesucristo; pero despues reflexionó, y vió que se había internado á un terreno peligroso, á un campo lleno de sombras que no era, ni podía ser, ni el terreno, ni el campo de la verdad. Se ha vencido, se ha vencido á sí mismo; y vencerse á sí mismo, es la mas grande de las victorias. El que se vence á sí mismo, vence al enemigo interior, al que nos combate con mayores ventajas, puesto que está apoderado del santuario de nuestra conciencia, y no puede ser sorprendido, porque sabe todas nuestras determinaciones.

No hemos sido nosotros los vencedores, sino él mismo de sí mismo. Y si alguna parte tuvimos en ello, fué pequeña. Hacerle reflexionar, es poca cosa; retroceder, es heroico; y esto que es heroico es obra exclusivamente suya.

Si nosotros quisiéramos engalanar nuestras sienes con los laureles de la victoria, el autor de los *Bosquejos* podía repetirnos lo que en ocasion semejante respondió á un ortodoxo un luciferiano que se había rendido á la verdad cuyas banderas había abandonado: «No penseis que solo tú eres el vencedor; los dos hemos vencido, los dos hemos ganado la palma; tú, venciéndome á mí, y yo, venciendo al error.»

El luciferiano tenía mas justicia que la que confesaba tener. Cuando en las discusiones el que defiende la verdad triunfa, su triunfo solo á la verdad pertenece; pero cuando el que sostiene el error se rinde á la verdad, esta victoria corresponde exclusivamente al vencido.

Aquí termina la série de nuestros artículos. Si hemos errado, dispuestos estamos á deponer nuestros errores á la menor indicacion de los que han sido instituidos so-

bre nosotros, para el gobierno de las almas. Dios quiera que nuestras palabras hayan sido eficaces y servido de luz á los que se encontraban rodeados de tinieblas, y de alimento á los que estaban devorados por el hambre. No son palabras nuestras, sino ecos débiles é imperceptibles de aquella vcz que clamando al principio en medio de los desiertos, ha sido despues vida, salud, perfeccion, libertad, progreso y civilizacion para todo el mundo.



APENDICE.

Nos parece conveniente y que será del gusto de nuestros lectores, la insercion de una de las cartas del Cura de la Sierra que, como los anteriores artículos, vieron la luz pública en el recomendable y católico diario «*La Voz de México*», pues en dicha carta se vindica al célebre jesuita autor de nuestro catecismo, y que tan maltratado ha sido por el autor de los *Bosquejos*. Se verá por ella que el P. Ripalda, es digno de la alta reputacion que hasta ahora nadie le habia disputado, por la concision con que supo compendiar, claridad con que acertó á explicar, y orden con que supo exponer la doctrina cristiana en su perpétuo catecismo. Los elogios que ha arrancado á los hombres de todas opiniones que le han juzgado sin pasion y con sensatez, son el testimonio mas espléndido de su ciencia poco comun y de su virtud acrisolada.

En una época en que no solo se ataca con encarnizamiento los buenos libros, sino que se calumnia á las personas que los escriben, para apartar á la juventud de su lectura, se hace necesario demostrar con argumentos sin contestacion, que semejantes libros encieran la verdad, al mismo tiempo que convencer que tales personas practicaron la virtud. Debe estar muy ex-